

no le quedaba finalmente más remedio que claudicar y salir del Ministerio.

Al margen de los acontecimientos históricos, la obra de Berenguer refleja igualmente un muy limitado pensamiento político, articulado en torno al acatamiento hasta el último extremo a la Monarquía y a la nación, concepción más militar que política de la disciplina. Sobre esta base, la visión de su fracaso y de los móviles de su actuación aparece definida con toda claridad en las frases finales de su libro: «Me había cogido en el puente el momento del naufragio, y me hundía con el barco. Ciertamente que no embarqué en él por mi propia voluntad, sino en el cumplimiento de un deber».

Al comparar las actitudes de Ossorio con las de Berenguer, vemos que desde sus comienzos se marcan diferencias muy sensibles. Ossorio fue un abogado que inició su carrera política al ganar la elección para concejal de Madrid. En 1903 fue elegido diputado a Cortes por Caspe, cargo que desempeñó durante veinte años. Además, ocupó el puesto de Gobernador de Barcelona en 1909, dimitiendo el primer día de la «Semana Trágica» al considerar que todavía no había motivos para declarar el Estado de Guerra. Al caer Maura en 1913, hizo causa común con su jefe político y fundó el partido maurista en Bilbao. Su progresivo alejamiento de la Monarquía se refleja ya en 1923 al abandonar su puesto de diputado en Cortes como respuesta a la falta de representatividad de estas. Así declaró: «Me voy. El Parlamento ha llegado a ser cosa tan podrida que, para acabar con él, no hará falta ni siquiera un pronunciamiento militar. Bastará con un motín de estudiantes o un alboroto de verduleras. Y a mí no me han echado nunca de ninguna parte».

Sus «Memorias» recogen y tratan de justificar este progresivo alejamiento de la monarquía que culminó en la colaboración de Ossorio con el régimen republicano. Su devoción por la Corona procedía directamente del ambiente en el cual pasa la niñez y adolescencia, y en donde el recuerdo de la Primera República se asociaba con desorden, caos y anarquía. Por eso mismo, desde su juventud había sentido horror a todo lo que pudiera oler a República. Sin

embargo, a partir de 1923 con el golpe de Estado de Primo de Rivera, se pone en contra, primero del Dictador, y más tarde, del propio monarca. Su trayectoria a raíz de los acontecimientos políticos de estos años es absolutamente contraria a la adoptada por Berenguer, y esta diferencia de criterio se hará más sensible a partir de 1930. Ossorio, lo mismo que Berenguer, se encontraba aislado, porque pensaba que la monarquía había terminado en España, y así se lo manifestó al propio Berenguer: «El Rey está muerto políticamente desde el 13 de septiembre de 1923» y, por ello, no aceptó formar parte del Gobierno.

Al proclamarse la República, don Angel se puso a su servicio («yo soy —declaró— monárquico sin Rey al servicio de la República»), aunque siempre conservó sus ideas, que sólo se radicaliza a partir de 1936 con el estallido de la Guerra Civil. Al final, el destino de los dos políticos es totalmente distinto: mientras Berenguer fue procesado por el Gobierno republicano, Ossorio tiene que salir de España en 1939.

En conjunto, y como es lógico suponer, ambos textos tienen más valor descriptivo y testimonial que analítico. Pese a ello, o quizá por ello, su publicación resulta de suma utilidad para todos los interesados por la difícil evolución española del primer tercio de siglo, y abre camino para la edición de otro conjunto de testimonios que esperamos engrosen pronto la colección anunciada por Ediciones Tebas. ■ MARIA RUIPEREZ

SENDER, CRONISTA HISTORICO

Los avatares por los que transcurre la vida oficial del país, con sus continuos «un paso adelante dos atrás», han llevado a que en las librerías aparezca como «novedad», y realmente así lo es, una de las mejores obras de Sender: «Requien por un campesino español» (1), libro que fue escrito en 1952 al parecer en una semana, para formar parte de una

(1) Ramón J. Sender. «Requien por un campesino español». Ediciones Destino. Colección Ancora y Delfín, n.º 460. 2.ª edición. Barcelona 1975.

obra colectiva en la que se incluirían también trabajos de Unamuno y Pérez de Ayala. Sin embargo, ante el fracaso de este intento, fue publicado por primera vez en México en 1953 y con el título, creemos que menos espectacular, de **Mosén Millán**.

Ramón J. Sender ha sido un escritor comprometido con su tiempo, lo que lo costaría permanecer en el exilio desde 1939 en que partió para Francia, en compañía de Machado entre otros, alejándole de su medio ambiente. A pesar de eso y de la lejanía en el tiempo entre los hechos y su concreción en el libro, Sender se nos sigue manifestando como uno de los mejores «cronistas» de hechos y periodos que han marcado una huella indeleble en el país, y este calificativo de cronista no es nada gratuito ya que él mismo se califica así en el prólogo de «Ariadna».

La acción se desarrolla en algún lugar de la «raya de Lérida» durante el período abarcado por la Segunda República, y sus protagonistas, aunque situados a tres niveles distintos, abarcan el total de la sociedad rural. Sin embargo, el auténtico protagonista en esta obra de Sender, y por desgracia en la realidad y no olvidemos que el relato está basado en hechos históricos, es anónimo. Es decir, el protagonista es todo un campesinado español, cuatro millones y medio de labradores, que se ven obligados a soportar unas relaciones de propiedad dignas del mejor feudalismo de épocas pretéritas dentro de pueblos en los que, como señala Sender, «son pobres hasta los ricos». Este tipo de relaciones permaneció intacto hasta 1931, ya que cualquier ataque al mismo era considerado como un atentado al orden público y por supuesto divino, y cuando la Iglesia, aliada incondicional de la nobleza terrateniente, no conseguía con sus admoniciones mantener el «status», éste era defendido incondicionalmente por el aparato represivo del Estado.

La huida de Alfonso XIII permitirá desde el poder, y por supuesto dentro de la legalidad, intentar establecer un nuevo estado de cosas que introdujera en el campo unas relaciones de tipo capitalista, y a ese fin tenderá la malograda Reforma Agraria. Como contrapunto de estos esfuerzos, Sender nos sitúa el 1936 en

Ramón J. Sender

Réquiem por un campesino español



el que otra vez desde el poder, o al menos a su amparo, se dismantela, de forma violenta, la labor realizada.

Mientras espera la hora de celebrar la misa de Requiem por Paco el del Molino, Mosén Millán, el sacerdote del pueblo, va recordando la vida de éste a partir de aquellas etapas más significativas, lo que va a suponer, en definitiva, un penetrante análisis del entorno. Claramente se dibujan dos bandos: De un lado, D. Valeriano, representante en el pueblo del Duque, noble absentista, propietario de las tierras de cinco aldeas y del que lo único que se recuerda es que fue un par de veces de caza a las mismas; D. Gumersindo y el señor Cástulo, como representantes de un «liberalismo» que, si no se había opuesto a la situación anterior, no dudaba en «coquetear» con Paco, en cuanto representante de las fuerzas populares y, por supuesto, no dudaría tampoco en entrar del brazo de los vencedores en la «operación de limpieza». En definitiva, representantes todos ellos de lo que el propio Sender en otra de sus obras califica de «España Castrense, amiga de la aventura, beata en religión, reaccionaria en política, monárquica y absolutista» (2). Junto a ellos, Mosén Millán, representante de una Iglesia que acepta el estado de cosas como de designio divino, lo

que le lleva a aceptar, como castigo divino a su vez, lo que pueda ocurrirles a aquellos que intentan alterarlo.

Del otro lado, los desheredados, de los que Paco el del Molino se erige, o mejor aún, es erigido, en representante y a los que la República se les muestra como la posibilidad de cambiar. Así, su primera actuación será negarse a pagar los derechos señoriales que percibe al Señor y, posteriormente, la distribución de las tierras entre los campesinos, lo que lograrán llevar a cabo a pesar de las amenazas primero, y la tentativa de corrupción de D. Valeriano, después.

Sin embargo, el Alzamiento del 18 de Julio de 1936 va a suponer el fin de sus ilusiones, y eso que, como señala el Profesor Malefakis: «Sólo excepcionalmente se ha intentado una reforma agraria profunda a través de procedimientos constitucionales y económicamente racionales en el seno de un régimen democrático. El caso español es precisamente uno de las pocas excepciones históricas a esta regla» (3). Al pueblo llegarán, en compañía de D. Valeriano, D. Gumersindo y D. Cástulo, «...un grupo de señoritos con vergas y pistolas», que «lo primero que hicieron fue dar una paliza tremenda al zapatero, sin que le valiera para nada su neutralidad. Luego mataron a seis campesinos —entre ellos cuatro de los que vivían en las cuevas— y dejaron sus cuerpos en las cunetas de la carretera entre el pueblo y el caraso»...

En definitiva, un gran libro con una serie de valores de los que únicamente hemos destacado el de su significación en cuanto posible «fuente» histórica, ya que no siempre se tiene la suerte de que los hechos se trasladen al papel por un protagonista de la talla de R. J. Sender. Hechos cuya explicación quizá intuyó él mismo en 1932, cuando a uno de sus personajes le hacía decir: «Lo que nos pasa es que no tenemos ninguna aptitud para el triunfo, para aprovechar nuestro propio éxito. Sólo sabemos aprovechar nuestras derrotas». ■ **VALENTIN MED DEL ORTEGA.**

(3) E. Malefakis. «Reforma Agraria y Revolución Campesina en la España del siglo XX», 2.ª edición. Editorial Ariel, Barcelona, 1972. pp. 22.

LAS S. S. SECRETAS

En 1952 el periodista francés **André Brissaud** se encontró casualmente en una casa de campo del norte de Italia con Walter Schellenberg, antiguo jefe del S. D., el Servicio de Seguridad e Información del partido nazi, compuesto totalmente por miembros de las S. S.: la famosa «orden negra» que en la hebilla de su cinturón llevaba grabada la divisa: «Mi honor se llama fidelidad».

Schellenberg fue sin disputa uno de los cerebros del espionaje alemán durante la segunda guerra mundial, y a estas alturas resulta extraño que saliera tan bien librado del Tribunal de Nüremberg. Pero en la guerra, como en casi todo, saber es poder, y los aliados perdonaron la vida a muchos hombres de los servicios de información enemigos que les proporcionaron abundantes datos sobre el lado más oscuro de la Alemania nazi y los países por ella invadidos. Lo mismo le ocurrió a Ghelen.

El libro **Historias secretas del Servicio Secreto nazi**, de Brissaud, editado ahora en España (1) recoge buena parte de las declaraciones que Schellenberg (sentenciado a muerte por el cáncer) hizo al autor, y constituye una buena descripción de las acciones más fulgurantes de los servicios secretos de las S. S. antes y durante los primeros años de la guerra.

Las historias recopiladas, en forma de pequeños reportajes, abarcan hasta el atentado contra Hitler en la Bürgerbräukeller de Munich el 8 de noviembre de 1939.

En el relato de la historia secreta de las S. S. destaca como figura principal Reinhard Heydrich, un personaje que apenas contaba treinta y cinco años cuando murió, cuyo ascenso en las filas del partido nazi llegó a inquietar incluso al propio Himmler —dueño absoluto del imperio S. S.— que le respetaba porque le temía. No es ilógico pensar que si hubiera vivido unos años más, Heydrich hubiera podido llegar a convertirse en el «delfín» de Hitler.

(1) *Historias del Servicio Secreto nazi*, André Brissaud. El documento vivo. Editorial Noguer, 1975. Barcelona.

(2) R. J. Sender. «Siete domingos rojos» Editorial Proyección. Buenos Aires. 2.ª edición. 1970.